El Universal Domingo 23 de Julio de 1989

Nicolás Guillén y Vicente Gerbasi

(Dos retratos imaginarios y mentirosos)

–Sofía Imber–

Desde hace días caminan por las calles húmedas y neblinosas de esta hospitalaria Bogotá dos grandes poetas de América: Nicolás Guillén, el maravilloso artista, honda voz lírica que encuentra su molde en los ritmos musicales de Cuba, y Vicente Gerbasi, una de las más prestigiosas figuras de la joven generación poética venezolana, circunspecto y gravísimo agregado cultural a la embajada de su país.

Hoy no vamos a hablar de sus magníficas capacidades artísticas, sino de cómo son Nicolás Guillén y Vicente Gerbasi en su tranquila realidad de hombres que caminan las húmedas calles de la húmeda y simpática Santa Fe de Bogotá.

Nicolás Guillén es inocente, infantilmente vanidoso. Al llegar a esta capital se ha comprado un abrigo –por cierto, feísimo– Hemos tenido la desgracia y la mala educación de decirle nuestra opinión y, desde ese fatal momento, ni nosotros ni el resto de sus numerosos amigos tenemos paz. A todos y a cada uno nos llama, oportuna o inoportunamente y, con voz misteriosa, nos pregunta una y otra vez sobre el abrigo:

–Oye, chico, ¿qué te parece mi abrigo? ¿Te parece bueno? Pero ¿es bueno de veras? Y se muestra muy preocupado por la tela, la línea, el corte, los botones, los bolsillos de su flamante y azul sobretodo, muy parecido a los que usan los agentes de policía cuando están de guardia nocturna.

Otra grave preocupación de don Nicolás (o Nicolasito como lo llama en relajo su admirable y simpática compañera Rosa Portillo) es la edad. El 10 de julio de este año de 1946 va a celebrar sus 44 años, (tomen nota sus múltiples admiradoras) pero si usted le pregunta al poeta cuántos años tiene, le dirá que 43 y que esas canas que le manchan de blanco la melena las tiene desde los 27. Inmediatamente agrega:

–Son interesantes, ¿verdad?

A pesar de que hemos visto a Nicolás Guillén ingiriendo con gran regocijo platos tan ricos en calorías y grasas como "cola de buey" se preocupa muy de veras por la curva de su abdomen y jura a diario que ha comenzado por la mañana una dieta que rompe al mediodía.

También nos cuenta su esposa, doña Rosa, que en el momento mismo de alzarse de la cama el poeta comienza un largo período recitativo en el cual hace papel de único y sufrido espectador la misma doña Rosa.

Hemos dicho que todas estas cosas son vanidad, pero seríamos incapaces de repetírselas personalmente al poeta, porque una de sus más grandes vanidades es la de no ser vanidoso.

Vicente Gerbasi, el otro ilustre visitante de Bogotá, pertenece al tipo de los poetas distraídos. De esa fama goza abundantemente en Caracas. Con las anécdotas sobre su proverbial distracción podríamos editar un grueso volumen. Se cuenta, por ejemplo, esta leyenda: Vicente había ido a visitar a un amigo, encantado con la compra reciente de un libro. Al regresar a su casa, creyó haber olvidado el libro en la casa de su amigo. Escribió en un papel: "hazme el favor de mandarme el libro que dejé en tu casa". Llamó a un chico para que llevase el recado cuando se dio cuenta de que el libro en cuestión estaba sobre la mesa donde escribía. Entonces puso una postdata en el escrito: "No me mandes el libro; lo tengo aquí en casa", e hizo que el muchachito llevara el recado con postdata y todo.

De él se cuenta igualmente que al llegar a Bogotá fue a presentar sus respetos a don Germán Arciniegas, el admirable escritor de América y ministro de Educación Nacional. Distraídamente entró en el café que está en el piso bajo del Ministerio. Distraídamente pidió un tinto, y otro, y otro, y muchos más, cada vez que le preguntaban si deseaba un tinto. La cantidad de café ingerido nos explica que Vicente Gerbasi estuviera distraído y despierto a media noche, como único visitante del citado café. Entre bostezo y bostezo se acercó una de las camareras y le dijo: ¿tendría la fineza de retirarse del local? Cerramos a la doce, ¿qué le parece?

Vicente movió los ojos, se pasó las manos por la frente, examinó el local y, como transportado de otro planeta dijo: ¡Ah¡ !Ah¡ ¿Cerrar? ¿Local?, ¿Las doce? Señorita, dígale al ministro, doctor Arciniegas, que puede pasar, me está esperando desde esta mañana.

–¿Qué ministro?– le dijo la señorita.

–¿Pero esto no es el Ministerio de Educación? Por lo menos usted está muy bien educada.

–Mil gracias, caballero, pero el Ministerio de Educación es en el segundo piso, usted está en un café.

Y Vicente exclamó con voz de descubrido: –¡Ah¡ por fin sé qué he estado tomando todo el día.

La leyenda de la distracción de Vicente es tan poética como podría serlo su más reciente obra, y la luce como una capa de hermosísimos pliegues. Vicente Gerbasi, estupendo poeta y admirable distraído.

Algunos poetas –Nicolás Guillén y Vicente Gerbasi– son así o no lo son. Así nos parecieron cuando los vimos caminar por las neblinosas y húmedas calles de Bogotá. Pero la verdad en ellos es su poesía, muy diversa, sin duda, a la inocente vanidad de un sobretodo azul o la lírica distracción de confundir una antesala ministerial con un café.